

DE LA REVOLUCIÓN Y EL ROMANTICISMO

Victorino Polo García

Carlos Fuentes es un escritor mexicano, narrador de preferencia y entidad estética, conocido en nuestros lares desde hace muchos años por dos o tres novelas de excelente factura, permanentes intentos de renovación —él siempre ha declarado preferir a los experimentadores frente a los narradores de corte tradicional— y que no resulta en exceso dificultoso para los lectores discretamente iniciados en esto de la narración hispanoamericana de los últimos cien años. Cabe recordar que nació en 1928, que ha sido diplomático, que actualmente reside en Londres y que esos dos o tres títulos aludidos son *La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz* y *Terra nostra*.

Recientemente ha aparecido la última novela suya, primera, a su vez, de una trilogía: *La campaña*, *La novia muerta* y *El Baile del Centenario*. Las tres bajo el marbete general de *El tiempo romántico*.

Cabe indicar, de entrada, que los títulos son todo un acierto, de manera individual y agrupados bajo la denominación general, a la vez que mutuamente dependientes los unos frente a los otros. Y resulta muy significativo que lo «romántico» sea un punto de referencia tan destacado como para dar nombre a la totalidad, mas en estos tiempos bastante desquiciados en que lo neobarroco parece ponerse de moda. Volver al Romanticismo es una sabia decisión, a ver si es posible que superemos, de una vez por todas, la idea de enfermedad y nadería que se le atribuye, sobre todo entre nosotros desde que Karl Vossler así lo decidiera en importante estudio comparativo con el Barroco.

Por el momento tenemos la primera entrega, *La campaña* libro de doscientas cincuenta páginas de atrayente lectura cómoda, cuya solapa informa bien de su talante genérico: crónica narrada por uno de sus protagonistas, que refiere la aventura, épica y romántica a la vez, de la lucha por la independencia que llevan a cabo unos pueblos sometidos a un yugo inoperante y caduco. Quizá no sea conveniente entrar en discusiones sociopolíticas a propósito de revolución, represiones, caducidad de modelos, etc. Lo cierto, sin embargo, es que la dimensión ideológica es importante y los que pretenden hallar en los libros de creación motivaciones para la disputa testimonial, sin duda que van a encontrarlas, aunque no haya sido ése el interés primordial del autor.

Cierto es por otra parte, que la aventura personal apenas trasciende la categoría de anécdota; en el mejor de los casos actúa como cañamazo común para insertar las peculiaridades de algo más genérico y objetivo, si bien más problemático también. Los procesos revolucionarios y los primeros años y manifestaciones de la insurrección frente a la Corona española, vienen a constituir los grandes pilares y revulsivos de la narración.

El eje vertebrador de la narración gira en torno a dos puntos precisos, en ocasiones paralelos, a veces contradictorios, como son la realidad compleja de América —todavía española— y la misma realidad de lo español, que a la sazón anda en luchas por encontrar sus propias raíces. Es lógico que la primera realidad sea cada vez más de primer plano, pero sin olvidar la segunda. Y quizá en el primer párrafo de la novela se encuentren todos los elementos que, ulteriormente, serán desarrollados: «La noche del 24 de mayo de 1810, mi amigo Baltasar Bustos entró secretamente en la recámara de la marquesa de Cabra, la esposa del presidente de la Audiencia del Virreinato del Río de la Plata, secuestró al hijo recién nacido de la presidenta y en su lugar puso en la cuna a un niño negro, hijo de una prostituta azotada del puerto de Buenos Aires».

En la última página se repiten algunos elementos, focalizados en la Dueña Chica, así

como «en el rostro de nuestro amigo, nuestro hermano menor, Baltasar Bustos», para colocar definitivamente el punto final: «La campaña, al fin, había terminado».

De una parte, están todos los basamentos necesarios para que la historia pueda continuar en las dos novelas restantes de la trilogía; de otra, es evidente que la historia particular de la primera novela ha llegado a su personal, narrativo y épico final. Es un círculo abierto y cerrado al propio tiempo. Y entre ambos extremos, la trama de la narración linealmente desarrollada. Basta contemplar el índice, para comprobar que de los nueve capítulos, siete se refieren directamente a realidades objetivas o de imaginación americanas: Río de la Plata, la Pampa, El dorado, el Alto Perú, la Ciudad de los Reyes, el ejército de los Andes y Veracruz. Todo un mundo problemático y abigarrado que precisa ser esclarecido en cierta medida para que resulte más comprensible a los ojos contemporáneos. Revisión histórica sin excesivos datos, orientación ideológica cuando es necesaria, visión de la modernidad a la que debe estar todo abocado. El desarrollo es decimonónico, pero los fundamentos vienen del siglo anterior, el de las luces que, al parecer, brillaban poco para la estructuración de un porvenir inmediato.

La novela es muchas cosas, sobre la base de un alegato, un intento de comprensión histórica cara al presente más móvil y dinámico. Las referencias son múltiples, desde los cronistas de Indias, hasta los novelistas actuales, jugando siempre con dos valores narrativos: la historia novelada y la narración ficcional sin mayores averiguaciones. No puedo evitar, contraste incluido, el recuerdo de Gabriel García Márquez y su «*El general en su laberinto*». Pueden coincidir en parecidas actitudes originales, aunque los desarrollos sean divergentes a medida que avanza el texto. En todo caso, se trata de una visión de América desde nuestra mirada cercana, no de reviviscencias arqueológicas. Y así, se puede entender como novela histórica y como novela, sin más. En tal sentido, Carlos Fuentes depura su estilo y adelgaza los elementos narrativos y de lengua que le son habituales. Produce cierto distanciamiento que lo acusa la lengua literaria o narrativa. Los tonos barrocos desaparecen casi por completo y permanece más el instinto narrativo capaz de pintar un gran cuadro un impresionante fresco donde contrastan los colores de la realidad que se incorpora al libro y donde la lengua cede bastantes atributos de oscurecimiento en beneficio del desarrollo temático.

La historia general y las peripecias de las historias particulares se entrelazan de continuo, pero la lengua se revela bastante «lírica» cuando hablan o se describen los personajes inventados, para adquirir tonos «épico» a la hora de enfocar los históricos o los acontecimientos conocidos, las geografías establecidas y las visiones de transición a la modernidad.

Hace poco, Octavio Paz, otro de los mexicanos ilustres, reflexionaba con tino a propósito de la modernidad y los pueblos de América. Pues bien, en ambos hay coincidencias encomiables, para que todo se vea como uno y distinto a la vez, sin confusionismos ni extrapolaciones marginales.

La campaña, pues, es una excelente novela —como discurso literario, como discurso narrativo estricto— que deja el camino abierto para *La novia muerta*, con todas las expectativas de una gran obra telúricamente americana, sobre los basamentos y el telón de fondo romántico, de tan oportuno trato y actualización.